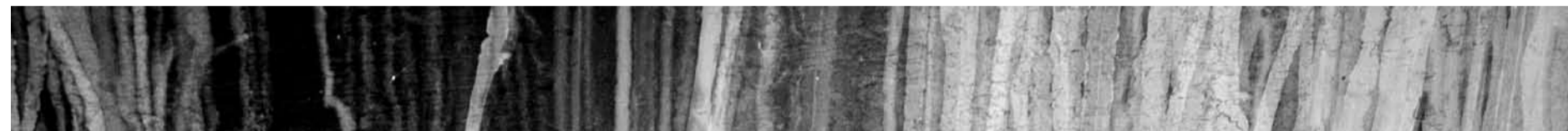




- La globalización y sus amigos
- OMC: agricultura y productos industriales
- Cambio climático



Que todos paguen impuestos es bueno para la democracia y para la economía. Ésta es la conclusión de un informe aún no publicado de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), el exclusivo club de los países ricos con sede en París, que cuenta entre sus miembros a los treinta económicamente más poderosos del mundo, que son también los mayores donantes de ayuda a las naciones en desarrollo, los acreedores de su deuda externa y los accionistas mayoritarios del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI).

El informe titulado "Impuestos y gobernanza" está actualmente a estudio de una subcomisión del Comité de Ayuda al Desarrollo (DAC), el organismo de la OCDE que coordina a los ministerios y agencias de cooperación de los países donantes, y debe ser aprobado, con las modificaciones que le introduzcan los miembros, a mediados de octubre próximo. Si bien las resoluciones del DAC no son vinculantes para los miembros, los consensos de este comité tienden a volverse políticas oficiales de los ministerios de cooperación, la Comisión Europea y las instituciones de Bretton Woods.

El informe recuerda que la calidad de la gobernanza de un país ya es reconocida como un factor crítico en su capacidad de desarrollarse y se sorprende de que en el debate internacional se haya concedido hasta ahora tan poca importancia a "un componente fundamental en la relación entre un Estado y sus ciudadanos", que es el cómo se recaudan los dineros públicos. ("Gobernanza" es una palabra del castellano antiguo que vuelve al idioma como pseudoanglicismo en traducción del término inglés "governance". Se refiere a la forma como se gobierna y no es lo mismo que "governabilidad", que alude a la viabilidad política de un régimen.) La subcomisión nota un gran contraste en cuántos impuestos se pagan en países ricos y pobres. Mientras que los impuestos constituyen veintinueve por ciento del PIB de los países miembros de la OCDE, son apenas dieciocho por ciento del PIB de los países más pobres y 22,5 por ciento del de los de ingreso

Más impuestos, más democracia

Roberto Bissio

medio, categoría en la que se encuentran la mayoría de los latinoamericanos.

Pero la mayor diferencia está en quienes pagan los impuestos. "Históricamente", dice el borrador de la OCDE, "la formación de estados eficientes y responsables (*accountable* en el original, o sea dispuestos a rendir cuentas) está estrechamente ligada a la aparición de los sistemas impositivos. En Europa occidental y en América del Norte, la negociación entre gobernantes y contribuyentes dio a los gobiernos incentivos para promover una amplia prosperidad económica y mejorar las políticas públicas de manera de complacer las demandas de los ciudadanos. En Asia oriental los países que se desarrollaron, si bien no tenían democracias políticas al estilo occidental, contaban con sistemas impositivos de base amplia".

La proposición inversa también sería cierta: "los gobiernos que no necesitan impuestos tienen pocos incentivos para ser transparentes o eficientes". La OCDE coincidiría con el viejo dicho mexicano de que "los veneros de petróleo los escribió el diablo", al señalar los "efectos malignos" sobre la gobernanza de la abundancia de recursos naturales, en particular el petróleo y los minerales. La ayuda externa, que para muchos países pobres cubre más de un quinto de sus presupuestos, tendría "el mismo efecto", al no tener que responder los gobiernos a sus ciudadanos sobre el uso de los recursos.

Así, que sean muy pocos los que pagan impuestos no sólo es un problema para los riquísimos productores de petróleo, sino también para algunos de los países más pobres del planeta. En Tanzania, por ejemplo, 286 grandes firmas contribuyen con setenta por

ciento de la recaudación impositiva y en Ruanda ochenta por ciento de los impuestos proceden de trece empresas.

Los países pobres no sólo tienen el problema de la economía informal, que por serlo no paga impuestos, sino que además han visto reducir sustancialmente los ingresos por aranceles al comercio exterior, como resultado de las presiones liberalizadoras vinculadas a la globalización. Mientras que en los países desarrollados el impuesto al valor agregado (IVA) ha sustituido a los ingresos aduaneros, los países más pobres sólo han logrado recuperar un treinta por ciento de los ingresos perdidos, según estimaciones del FMI.

"El desafío que enfrentan", dice el informe, "no es sólo como recaudar más impuestos" sino "hacer que más ciudadanos y empresas paguen y con mayor consenso".

Entre la evidencia se cita a Argentina, donde "las provincias más dependientes de los impuestos sobre una base amplia de ciudadanos han sido históricamente las más democráticas" comparadas con las que tienen ingresos petroleros o transferencias del gobierno central. Y se compara a Rusia, "donde la recaudación viene de un pequeño número de empresas del sector energético y no hay 'contrato social' como resultado", con Polonia, "donde el impuesto a la renta afecta a gran número de hogares, produce veinticinco por ciento del ingreso gubernamental y el Estado ha debido negociar con empresarios y sindicatos, lo que fortaleció la participación democrática".

En los países en desarrollo el impuesto a la renta de empresas y personas físicas constituye en promedio apenas veinticuatro por ciento de la recaudación

total, mientras que en los países ricos llega al treinta y nueve por ciento.

El informe celebra la introducción del IVA en sustitución de los impuestos indirectos porque la recaudación se vuelve "más visible y transparente" y conduciría a "negociaciones constructivas entre los contribuyentes y el Estado", a pesar de que "el IVA no es un instrumento ideal". Y propone mayores impuestos a la propiedad urbana y a los automóviles como forma de corregir el efecto negativo del IVA sobre la distribución del ingreso.

Estas medidas, se reconoce, pueden tener apoyo limitado al principio, pero pequeños cambios pueden generar incentivos y comenzar a crear círculos virtuosos en los que el pago de impuestos y la respuesta del Estado a los contribuyentes se refuerzan mutuamente a lo largo de los años.

El informe enfatiza la necesidad de combinar la recaudación impositiva con enérgicas medidas anticorrupción y propone a la OCDE trabajar en conjunto con redes de ONG especializadas en estos temas, como la Red de Justicia Fiscal (Tax Justice Network) y el Programa Internacional de Presupuestos (International Budget Program). Se apoya con entusiasmo la idea de intercambios regionales e internacionales de experiencias entre los recaudadores de impuestos, pero guarda distancia de la creciente tendencia a independizar las oficinas recaudadoras de los ministerios de Economía o Finanzas, alegando que "los beneficios de la autonomía son muy discutibles" a la luz de la experiencia.

Finalmente, toma nota de que "la globalización exacerba los problemas fiscales. El capital que se mueve internacionalmente es difícil de gravar" porque "los controladores del capital han aumentado su poder de negociación sobre los gobiernos y se aprovechan (legal o ilegalmente) de paraísos fiscales y centros financieros *offshore*".

Sin embargo, se abstiene de apoyar la propuesta de la Red de Justicia Fiscal en el sentido de un acuerdo internacional que grave a las transnacionales en los países donde obtienen sus ganancias, probablemente a sabiendas de que esta medida genera grandes resistencias en países clave de la OCDE. ■

Para salvar a la globalización de sus más fervientes partidarios es necesario reconsiderar las normas y políticas, dice Dani Rodrik, profesor de economía política internacional de la John F. Kennedy School of Government de la Universidad de Harvard.

En el documento "How to Save Globalization from its Cheerleaders" (Cómo salvar a la globalización de sus más fervientes partidarios), publicado en julio en su página web, Rodrik argumenta que en la situación actual, la búsqueda de la globalización perfecta –mayor apertura– pone en riesgo la globalización imperfecta existente, intensificando los conflictos que el sistema genera inevitablemente.

En el documento se analizan varios estudios para demostrar la incompatibilidad existente entre la integración profunda, la soberanía nacional y la democracia.

La economía mundial ha experimentado desde 1950 un crecimiento económico más rápido que en cualquier otro periodo anterior, excepto quizás la clásica era de oro (1870-1913), señala Rodrik, y esto se debe enteramente a que la economía mundial se tornó un ámbito mucho más propicio para el crecimiento con posterioridad a la década del cincuenta. Además, el impulso que recibió la economía mundial entre 1950 y 1973 fue mayor que en el periodo de loco entusiasmo globalizador posterior a 1990 o que en el de transición entre 1973 y 1990.

Los países a los que les fue mejor en cada uno de esos periodos (Japón, Corea del Sur y China) difícilmente eran modelos de mercado abierto y economía del *laissez-faire*. Esos países combinaron la ortodoxia, principalmente en las políticas macroeconómicas, con una gran cuota de heterodoxia en otros frentes, en especial en las políticas microeconómicas. Cada uno de esos países actuó con reglas muy distintas de las enunciadas por los guardianes de la globalización ortodoxa: instituciones multilaterales como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y academias occidentales.

La premisa del documento de Rodrik es que la globalización, cuando reviste cierta forma adecuada, es un motor importante del crecimiento económico. Sin embargo, varios de sus rasgos paradójicos, que afectan a países tanto ricos como pobres, hacen necesario reconsiderar sus normas.

Los principales beneficiarios de la globalización no son necesariamente los que aplican las políticas económicas más abiertas. La

La globalización y sus mejores amigos

Chakravarthi Raghavan

La globalización, en cierta forma, es un motor importante del crecimiento económico, pero el proceso actual ha producido paradojas en países tanto ricos como pobres, y está generando una reacción, sostiene el economista Dani Rodrik, profesor de la Universidad de Harvard.

globalización ha atravesado frecuentes crisis financieras y un considerable grado de inestabilidad. Ambos son costosos y en principio evitables. Incluso más, la globalización sigue siendo impopular entre grandes sectores de la población a la que se supone beneficia, especialmente en los países ricos.

En esta situación surge ahora una nueva percepción convencional y una nueva ortodoxia de que para obtener los beneficios de la globalización financiera y comercial se requieren mejores instituciones nacionales: mejores redes de seguridad en los países ricos y mejor gobernanza en los países pobres.

Esta estrategia de "más de lo mismo pero mejor" supone que la apertura insuficiente de los mercados sigue siendo una limitación importante para la economía mundial.

Ante esto, Rodrik propone un criterio alternativo: el de aumentar más el espacio político que el acceso al mercado. Es el primer factor, y no el segundo, lo que impone limitaciones a una economía mundial próspera.

De los cuatro países identificados como "globalizadores estrella" por el Banco Mundial en 2001 (China, India, Vietnam y Uganda), tres de

ellos (China, India y Vietnam) siguen siendo los ejemplos de los beneficios de la globalización.

Sin embargo, difícilmente podrían describirse como modelos del libre comercio. A principios de la década del noventa fueron los que aplicaron mayores protecciones y por más que a partir de entonces comenzaron a liberalizar el comercio, lo hicieron bastante después del despegue económico. Los tres incrementaron sus volúmenes de comercio e inversión extranjera a través de estrategias heterodoxas, y demostraron que los países que más se beneficiaron de la globalización fueron los que no siguieron las reglas.

En contraste, América Latina, cuyos países intentaron más que los de cualquier otra parte del mundo cumplir las reglas ortodoxas, tuvo en conjunto un mal desempeño desde principios de los años noventa, pese al impulso que le dio la capacidad de recuperación de la crisis de la deuda en la década del ochenta.

En cuanto a las finanzas internacionales, la globalización financiera –que se supone habilita a los países a aumentar sus ahorros y su inversión, y crecer más rápido– no ha cumplido casi nada de eso.

La ausencia de pruebas sobre los beneficios directos de la globalización financiera es tal que sus proponentes e investigadores están recurriendo a los beneficios indirectos para promoverla, señala Rodrik.

Una de las consecuencias más destacadas de la globalización financiera ha sido una serie de crisis muy costosas, en México, Tailandia, Indonesia, Corea del Sur, Rusia, Argentina, Turquía y muchos otros países. Esto ha obligado a los países en desarrollo a acumular enormes cantidades de reservas internacionales de divisas para protegerse de la incertidumbre del mercado financiero.

En gran medida se debe a las montañas de liquidez sobre las que ahora se sientan los países en desarrollo. También al hecho de que numerosos mercados emergentes tienen excedentes comerciales, por ejemplo, por prestar dinero al resto del mundo. En otras palabras, para protegerse de los efectos de las crisis financieras, los países en desarrollo se han visto forzados no sólo a diluir sus beneficios sino... a hacer transferencias a los países más ricos!

Una tercera paradoja de la globalización es que queda restringida precisamente a esos sectores donde la flexibilización de las barreras daría los mayores beneficios económicos. Los obstáculos a la movilidad laboral, en especial, son mucho mayores que en cualquier otro aspecto. La aplicación incluso de reducciones mínimas en ese sector generaría beneficios inmensamente mayores que los de los sectores convencionales que se negocian en la Organización Mundial de Comercio (OMC) y en otros ámbitos.

Algunas estimaciones sugieren que incluso una propuesta de movilidad laboral temporal de Sur a Norte, que expandiría la fuerza de trabajo de los países industrializados en aproximadamente tres por ciento, daría a los países pobres un beneficio de 262.500 millones de dólares anuales. En contraste, las estimaciones actuales de las ganancias de los países en desarrollo derivadas de la culminación de la Ronda de Doha no exceden los 30.000 millones de dólares.

Y si bien se han derramado muchas lágrimas por la muerte de la Ronda de Doha, las negociaciones multilaterales sobre la reducción de obstáculos a la movilidad de la fuerza de trabajo ni siquiera están en la agenda, se señala en el documento.

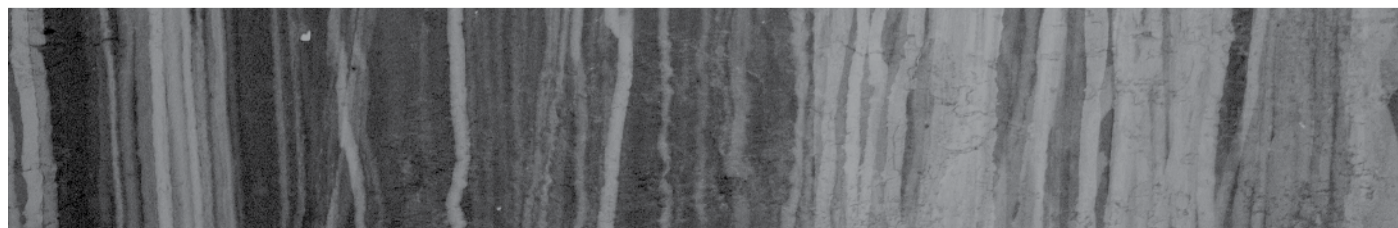
La globalización ha producido no sólo resultados paradójicos para los países en desarrollo sino que sigue siendo bastante impopular en la mayoría de los países adelantados. Tan es así que incluso sus más fervientes partidarios, como Paul Krugman, Larry Summers y Alan Binder, reconocen que contribuye a la desigualdad y la inseguridad.

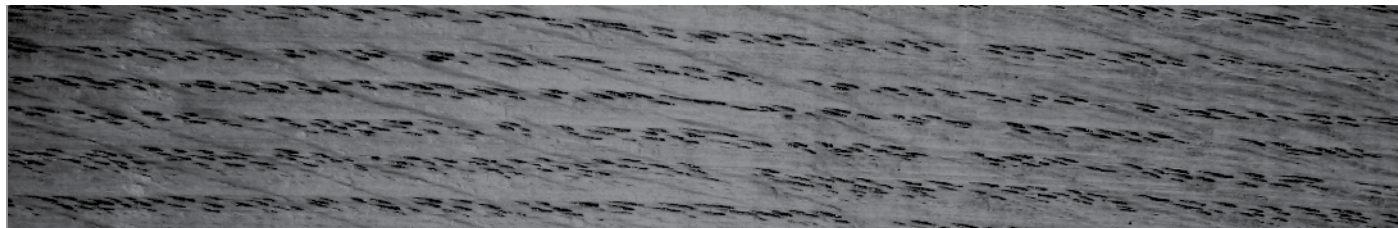
Como respuesta ha surgido una nueva percepción convencional de

DANI RODRIK (Estambul, 1957) es profesor de economía política internacional en la John F. Kennedy School of Government de la Universidad de Harvard. Sus investigaciones procuran descubrir qué constituye una buena política económica y por qué algunos gobiernos tienen mayor éxito en implementarla.

Es investigador coordinador del Grupo de los 24 (G-24), que representa los intereses de los países en desarrollo ante el FMI y el Banco Mundial, investigador asociado del National Bureau of Economic Research (Cambridge, Massachusetts) e investigador del Centre for Economic Policy Research (Londres).

El documento "How to Save Globalization from its Cheerleaders" puede consultarse en: <http://ksghome.harvard.edu/~drodrik/Saving%20globalization.pdf>





que la globalización necesita una serie de complementos institucionales en países ricos y pobres por igual que la profundicen: la Agenda de Doha para el Desarrollo, centrada en la liberalización agrícola.

Sin embargo, el proceso de Doha parece muerto debido a una combinación de falta de voluntad de los países ricos para ofrecer reducciones significativas en sus apoyos agrícolas y brindar acceso a los mercados con la reticencia de los países en desarrollo a ofrecer consolidaciones suficientemente bajas en sus propios aranceles.

Otros elementos de la nueva percepción convencional reclaman la promoción de una apertura "cautelosa" de cuentas de capital en los países en desarrollo, la agenda de gobernanza de las instituciones multilaterales –centrada en la anticorrupción en el Banco Mundial y en la regulación y supervisión financiera en el FMI– y la discusión en Estados Unidos y en otros países industrializados de un menú de propuestas para suprimir los "males" de la globalización, a través de una creciente progresividad de los impuestos, una mejor ayuda para el ajuste, la transferencia del seguro médico, y el seguro salarial para proteger parte de las pérdidas de los ingresos debido a la desarticulación.

Si bien esos esfuerzos pueden ser útiles, Rodrik cuestiona la idea de que esas reformas mundiales puedan ayudar a una creciente apertura y acceso a los mercados, y mantener así una economía mundial saludable. A falta de una integración legal y política como la que Estados Unidos ha logrado y la Unión Europea intenta construir, los costos de transacción condenan a la economía mundial a un zurcido de economías nacionales.

Las corrientes de capital están obstaculizadas por el riesgo y la ausencia de regulaciones financieras internacionales y de procedimientos en materia de bancarrota. Las crisis financieras se hacen más probables por la ausencia de un verdadero prestamista internacional de último recurso. La fuerza de trabajo puede fluir en cantidades muy pequeñas, y a menudo sólo ilegalmente. Y las diferencias de los regímenes nacionales de regulación, jurídicos y monetarios, imponen graves costos de transacción al comercio internacional. Las corrientes de capital neto terminan siendo demasiado pequeñas y a menudo van en la dirección "incorrecta", es decir, de los países pobres a los ricos. Las corrientes comerciales siguen siendo demasiado exiguas, comparadas

con el comercio intranacional, y las fronteras nacionales ejercen un efecto supresor importante sobre el comercio, incluso aunque no haya derechos de importación u otros obstáculos gubernamentales.

Para los países en desarrollo todas esas paradojas de la globalización implican que la vasta mayoría de ellos no enfrenta la opción realista de una integración económica plena con sus socios comerciales ricos: el modelo de integración política y jurídica del estilo de la Unión Europea o Estados Unidos no está en oferta, e incluso si lo estuviera, la soberanía nacional se percibe como demasiado valiosa para renunciar a ella.

Los países en desarrollo deben reconocer, pues, que viven en un segundo mejor mundo en el cual la integración económica internacional sigue estando incompleta debido a los costos de transacción. Y vivir en un segundo mejor mundo exige segundas mejores estrategias.

Si los mercados no pueden resolver sus problemas de mano de obra excedentaria y escasez de capital, es necesario que los países en desarrollo posterguen la liberalización de las importaciones para proteger el empleo. Tal vez necesiten subvencionar los bienes comercializables para lograr un cambio estructural más rápido. De hecho, necesitan una amplia gama de políticas industriales para construir una capacidad tecnológica y productiva.

Es por esto que algunos países que han bajado abruptamente los obstáculos al comercio y a las corrientes de capital todavía siguen esperando las recompensas anunciadas, mientras que a otros que han sido mucho más cautelosos les ha ido mucho mejor.

Rodrik señala a México como el fracaso más notable de los últimos quince años en materia de desarrollo. Tiene acceso libre y preferencial al mercado estadounidense para sus exportaciones, varios millones de sus ciudadanos pueden cruzar la frontera en busca de trabajo, recibe enormes volúmenes de inversión directa y está totalmente vinculado a las cadenas de producción de Estados Unidos, para lo cual el Tesoro de ese país ha actuado como prestamista de último recurso. Es difícil imaginar un caso en que la globalización se exprese mejor. Sin embargo los resultados han estado, como mínimo, por debajo de lo esperado, en cuanto al crecimiento económico, el empleo, la reducción de la pobreza y el crecimiento del salario real. El Tratado de Libre Comercio de América del Norte (con

Canadá y Estados Unidos) es otra instancia de integración superficial, que se limita a la reducción de obstáculos fronterizos arancelarios y no arancelarios.

En suma, las posibles ganancias de una mayor liberalización de los mercados de bienes y capital son magras en tanto el mundo permanezca políticamente fragmentado y los costos de transacción que surgen de las discontinuidades jurisdiccionales impidan una integración económica "profunda".

A menos que se acepte una integración más profunda como opción, el desafío pasa a ser no "cómo liberalizamos más" sino "cómo creamos el espacio de política para que los países manejen los problemas creados por la apertura".

Ese espacio de política permitiría a los países ricos resolver cuestiones en materia de seguro social, trabajo, medio ambiente y las consecuencias del comercio sobre la salud, y a los países pobres ubicarse mejor ante la globalización a través de la reestructuración y la diversificación.

Para los países en desarrollo, y las limitaciones que les impone la globalización, las estrategias a menudo requieren políticas no ortodoxas. La visión actual se ha apartado considerablemente del estilo del Consenso de Washington hacia una estrategia de diagnóstico que se centra en las limitaciones de cada país. Las diferencias en la naturaleza de esas limitaciones dan forma a las estrategias económicas apropiadas.

Los sectores clave para los países en desarrollo en términos del espacio de política, son los acuerdos de la OMC sobre Subvenciones, las Medidas en Materia de Inversiones relacionadas con el Comercio y los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio.

Un criterio de "espacio de política" incluiría la opción del rechazo, con restricciones acordadas internacionalmente, que son mejores que las opciones unilaterales y desorganizadas. Es mejor que las normas reconozcan que a veces los países necesitan su propio margen de maniobra.

Varias de estas propuestas son polémicas y los teólogos del comercio seguramente las rechazarían. Pero el documento de Rodrik defiende con fuerza el estudio detenido de esos conceptos, y quizás numerosas modificaciones. ■

Chakravarthi Raghavan es editor emérito de SUNS, donde se publicó este artículo el 17 de agosto de 2007.

La OMC reanuda negociaciones. En la primera reunión de la Organización Mundial de Comercio (OMC) después del receso de verano (boreal) intervinieron sólo unas pocas delegaciones y lo hicieron de manera concisa y al grano, evitando reiterar declaraciones prolongadas que ya habían realizado a fines de julio, cuando presentaron sus comentarios iniciales acerca de los dos documentos de modalidades sobre la agricultura y el acceso a los mercados para los productos no agrícolas.

La reunión del lunes, una sesión informal de composición abierta sobre agricultura, transcurrió con un espíritu más bien de "medir la temperatura" y, por lo tanto, las delegaciones no quisieron hacer largos discursos ni presentar propuestas de negociación específicas.

Los discursos serios, en caso de haberlos, se reservan para las reuniones de pequeños grupos, de aproximadamente treinta delegaciones, que comenzaron el miércoles de mañana.

Algunos países, entre ellos Cuba y Brasil, puntualizaron que es necesario contar con más detalles sobre los temas específicos que se discutirán en las fechas establecidas, de manera que las delegaciones sepan qué deben preparar.

"Estoy conforme con el ánimo práctico imperante", declaró a la prensa después de la reunión el presidente de las negociaciones sobre agricultura, Crawford Falconer.

Pero debajo de esa superficie calma subsiste un manto subterráneo de desaliento.

Sobre todo, las delegaciones están preocupadas de que pueda desencadenarse un "juego de culpabilización" en el caso de que las negociaciones no lleguen a una conclusión. Son conscientes de los efectos negativos que tiene la cobertura mediática cuando las partes comienzan a culparse unas a otras, como ocurrió cuando fracasó la reunión del G-4 en Potsdam a fines de junio, y ninguna delegación quiere ser responsabilizada si fracasan las conversaciones de setiembre en Ginebra. Por eso, aun cuando los diplomáticos preparan los puntos y posiciones técnicas, tendrán cuidado de evitar darles a otros la oportunidad de culparlos si algo sale mal.

Por el momento son pocos los diplomáticos que se muestran optimistas ante la posibilidad de que las negociaciones sobre modalidades de la agricultura y el acceso a los mercados para los productos no agrícolas puedan concluirse en las próximas semanas. (5/9/2007) ■

SUNS es una fuente única de información y análisis sobre temas de desarrollo internacional, con especial énfasis en las negociaciones Norte-Sur y Sur-Sur. El servicio en inglés está disponible para suscriptores en: <http://www.sunsonline.org>

Una reunión de las Naciones Unidas realizada en Viena la semana pasada marcó el inicio de una larga y compleja batalla entre los países acerca de cuántas emisiones de gases de efecto invernadero es necesario reducir, cuándo y por quiénes, para que el mundo evite un cambio climático catastrófico. Según datos científicos recientes, las emisiones mundiales deben reducirse a niveles muy por debajo de la mitad de los de 2000 para mediados de este siglo.

La Convención de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático comenzó una negociación en torno a cuánto tendrían que comprometerse los países desarrollados a reducir sus emisiones para evitar un aumento catastrófico de la temperatura mundial. Después de varios días de discusión, un grupo de trabajo acordó considerar inicialmente una reducción de las emisiones de estos países para 2020 de veinticinco a cuarenta por ciento por debajo de los niveles de 1990.

La Unión Europea había presentado antes la propuesta de adoptar esa escala como meta, lo cual fue rechazado por otros países desarrollados, entre ellos Japón, Canadá y Rusia. Por lo tanto, la verdadera batalla sobre los compromisos reales tendrá lugar más adelante.

La reunión de Viena fue el preludio de otra de la Convención de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático y su Protocolo de Kyoto, que tendrá lugar en Bali del 3 al 11 de diciembre. La reunión de Bali será un hito crucial para lograr que los países se comprometan a combatir el cambio climático en el periodo posterior a 2012, cuando expire la fase actual del Protocolo.

La cuestión del clima alcanzó destaque internacional luego de tres informes publicados este año por un grupo especial de más de cien científicos que detallan cómo las tendencias actuales de las emisiones de dióxido de carbono y otros gases provocarán un ascenso importante de las temperaturas, dando lugar al aumento del nivel del mar, el deshielo

CAMBIO CLIMÁTICO

La batalla por las emisiones

Martin Khor

de los glaciares, inundaciones, sequías y pérdidas agrícolas.

La temperatura media mundial ya ha aumentado 0,74 grados centígrados entre 1906 y 2005. La opinión generalizada es que si la temperatura aumenta más de dos grados centígrados con respecto a los niveles preindustriales, los efectos serían catastróficos. Con las tendencias actuales, la temperatura aumentará de tres a seis grados centígrados o más, poniendo en riesgo la vida sobre el planeta.

Para limitar el aumento de la temperatura a dos grados centígrados, la concentración de gases de efecto invernadero en la atmósfera debe limitarse a un nivel equivalente de 450 partes por millón de dióxido de carbono. Ya estamos muy cerca de este nivel de riesgo, de ahí la urgencia de lograr un acuerdo para reducir las emisiones lo máximo y más rápidamente posible.

Un impedimento importante es el temor comprensible de los países en desarrollo de que la reducción de sus emisiones, o incluso el enlentecimiento del crecimiento de sus economías, pueda ser a expensas de sus economías, en la medida que no vaya acompañado de un mejoramiento suficiente y oportuno de la tecnología.

Sólo los países desarrollados están obligados actualmente a reducir sus emisiones, debido a su responsabilidad histórica, a que tienen los niveles más altos de emisiones y a su capacidad de cambio.

Pero ahora están presionando a algunos países en desarrollo para que se comprometan a un nuevo régimen con posterioridad a 2012.

Las emisiones por habitante de gases de efecto invernadero de los países en desarrollo, de unas cuatro toneladas anuales promedio, son todavía relativamente bajas comparadas con las dieciséis toneladas promedio de los países desarrollados en 2004.

En términos de emisiones de dióxido de carbono, sólo el nivel de Estados Unidos es de aproximadamente veinte toneladas por habitante, el de Canadá y Australia de dieciocho, el de Alemania y Japón de diez, el de China de tres, el de India de una y el de los países africanos por debajo de una tonelada.

La mayoría de los países en desarrollo se resisten a quedar sometidos a limitaciones legales arguyendo que esto sería injusto, pues sus emisiones por habitante están todavía muy por debajo de las de los países industriales, y reclaman su derecho a un mayor aumento de las mismas que les permita acceder al desarrollo.

En Viena, la Unión Europea propuso metas de reducción de las emisiones mundiales de cincuenta por ciento, y propuso que las de los países desarrollados se reduzcan entre sesenta y ochenta por ciento para 2050, tomando como referencia las de 1990.

Si bien no hay una meta explícita

para los países en desarrollo, de hecho hay una meta implícita.

En la medida que los países desarrollados y en desarrollo respondan cada uno aproximadamente a la mitad del total de emisiones mundiales, una reducción del setenta por ciento por parte de los primeros implica una reducción del treinta por ciento por parte de los segundos, para una reducción mundial del cincuenta por ciento.

Como se calcula que la población se duplicará entre 1990 y 2050, esto también implicará una reducción del sesenta y cinco por ciento de las emisiones por habitante en los países en desarrollo en su conjunto.

Sería una reducción muy drástica. Los informes científicos más recientes explican que es posible realizar la reducción requerida de las emisiones con costos bajos, haciendo una reducción del crecimiento económico de sólo 0,12 por ciento anual.

Pero como señaló un participante de la reunión de Viena, sería bastante difícil demostrar cómo los países en desarrollo pueden mantener las tasas de crecimiento económico de, digamos, seis por ciento anual y aun así reducir sus emisiones por habitante en sesenta y cinco por ciento en ese periodo.

La cuestión del clima se perfila no sólo como el mayor tema ambiental sino también como el principal tema económico de nuestro tiempo.

La cantidad de emisiones que se autorice a un país en el futuro influirá en su método de producción y en los resultados económicos. Así, los compromisos que deben hacer los países ricos y más pobres también influirán en la división futura de los ingresos en el mundo.

Los países en desarrollo son cada vez más conscientes de que serán los más perjudicados por el cambio climático y, por lo tanto, tienen gran interés en que haya un régimen estricto que restrinja las emisiones. Pero también reclaman justicia: que reduzcan los países desarrollados, principales responsables de la contaminación, mientras que los países más pobres todavía puedan incrementar sus emisiones, hasta cierto punto.

La canciller alemana, Angela Merkel, declaró la semana pasada durante su visita a Asia que aceptaba un criterio de emisiones "por habitante", según el cual los países ricos deben reducirlas y los países pobres pueden aumentarlas, hasta que ambas partes lleguen a un nivel similar de emisiones por habitante, a ser definido.

Es muy poco probable que esta posición prenda por ahora en países como Estados Unidos. Pero es un muy buen inicio para una dirigente de un país desarrollado. La etapa preparatoria de la reunión de Bali, y la reunión en sí misma, serán cruciales para la política mundial sobre el cambio climático. ■

Martin Khor es director de Third World Network (TWN).

AGENDA GLOBAL

Redactor responsable: Roberto Bissio. **Redactor asociado:** Marcelo Pereira. **Editor:** Alejandro Gómez.

(c) Instituto del Tercer Mundo (ITeM). El ITeM es una organización sin fines de lucro, no gubernamental y políticamente independiente con sede en Montevideo, que representa en América Latina a Third World Network (TWN), una red de organizaciones y personas que expresa en los foros globales puntos de vista de la sociedad civil del Sur.

www.item.org.uy / item@item.org.uy

